

ct

Duras o El deseo

de
Eva Hibernia

(fragmento)

La historia de mi vida no existe.
Marguerite Duras

Personajes:

Mujer mayor, la de los ojos achinados.

Mujer amante, la desnuda.

Hombre amante, el desnudo.

Mujer joven, la del vestido rojo.

Hombre elegante, el deseante.

Chiquilla, la china que no es china.

Madre, la loca.

Se ilumina suavemente una cortina de gasa.

Detrás de la cortina yacen, desnudos, los dos amantes.

Ella tiene una larga mata de cabello ondulado, oscuro, con reflejos cobrizos. Una seda negra cubre su rostro. Toda su piel es blanca, con la palidez propia de los que aman.

La cabeza de él es griega, los ojos azules, rizos esculpidos, el pelo negro, rasgos de ensueño clásico.

La sábana que los cubre es satinada, muy elegante, arrancada a algún viejo cuadro mitológico donde un emperador chino sueña el vuelo de las grullas.

Los amantes yacen en el suelo, sobre un fino tatami.

La luz, contra la pared del mar, dibuja una puerta. No es, todavía, la terrible luz del día, ni la de la inteligencia. Es la luz de yodo que cura y señala la herida.

Entra una mujer mayor, una occidental que por amor a su infancia en Indochina ha conseguido que sus ojos se rasguen un poco. Lleva joyas en los dedos. Relumbran como pequeños escarabajos o estrellas. Despliega un gran abanico con el que comienza a abanicar la cortina de gasa, danzándola. Danza ella con su abanico alrededor de la cortina, moviendo el velo que separa a los amantes del mundo. La cortina color de lluvia, color de humo de un verano que se va. Danza y mueve, agita graciosamente. En silencio. Un silencio delicadamente habitado por el sonido de sus zapatillas contra la tarima, por el sonido de su respiración, de sus débiles quejidos por lo esforzado que es tener mil años y hacer soplar el viento, la memoria, el placer. La cortina de gasa se ondula como una serpiente.

La amante durmiente reacciona a esa ola de aire que se mueve en torno a ellos. Todo movimiento nace de allí, de cómo la otra agita la lluvia, la gasa, el humo, la pleamar en torno, el bufido salobre del monzón. Su brazo se eleva, flexible como un junco, la mano busca los rizos de su amante para caer por ellos, cae por el cuello, la clavícula, se desliza muy lentamente por el hombro y antebrazo y costado y cadera y muslo, hasta perderse la mano en algún punto impreciso del raso que los cubre. Los dedos de ella, entonces, son la lluvia. La lluvia estrellándose sobre la piel del amante. Lejos un carro pasa, una voz anuncia frutas en un idioma amarillo.

Él, el amante de los ojos azules pelo negro, la mira ciego, desde el sueño. Ella es la hacedora de la lluvia sobre él. Ríe. De poder ser eso, lluvia. Y su consecuencia: rosas que le nacen, como bocas monstruosas, fragantes, voraces y frescas, exhaustas. El olor sexual de lo que ella le hace. La mujer mayor, la de los ojos rasgados, también ríe y hace suyas las rosas, ahora son parte del viento de su hechicería, son la basura que lleva el viento. Lo que emboza las alcantarillas y las ranuras de cuerpos y ciudades hasta el grito.

El mar comienza a despertar detrás del muro de los amantes. Comienza su largo azul, la asfixia, el grito nocturno de la mar en la hora en que es hembra. Unos

nudillos llaman a la puerta. La amante, dormida, grita como si aún no estuviera de este lado, como si aún tuviese que entrar,

- Sé que está ahí. Ábrame.

La mujer mayor, la de los ojos achinados, cierra el abanico y con los duros cantos golpea. Ha hecho de su abanico un puño y golpea la puerta, su propio pecho, sus propias piernas, su propio suelo, golpea ayudando a la amante dormida.

- Soy yo. Abra.

El largo azul es una lengua, sí, la cortina también es eso, el mar. En manos de la mujer mayor, la de los ojos achinados, se vuelve ese color azul que hace llorar, indomable.

El cuerpo de la amante está en el fondo marino, donde yacen suspendidos los ahogados. Su brazo alzado una y otra vez por la marea del recuerdo, por la tiranía de la mujer mayor que baila fantasmas y espumas. El cuerpo azul de la amante ahogada en el placer y el sueño, estrellándose contra el placer y el sueño de él, cerrado, como un tesoro del que se perdió la cerradura, el nombre.

- Abra. Sé que está ahí. No sé su nombre pero sé que está ahí. No me haga gritar un nombre que no sé. Soy yo. No me haga llamarme por un nombre que no sé. Que perdí. Soy yo.

En otro lugar del escenario entra una mujer joven con un fantástico traje de noche, muy escotado por el pecho y aún más por la espalda. La mujer joven es blanquísima, tiene la palidez de los que aman. Ese fantástico vestido apenas la cubre haciendo de su desnudez algo más apetecible que el desnudo en sí, es de un color escarlata encendido de brillos por las miles de lentejuelas que están cosidas pacientemente a la tela. Cada lentejuela es extremadamente falsa, una palabra que se pagó a un precio carísimo. Ese vestido ha costado el alma, la ruina, noches en la ruleta rusa apostando la cabeza, la cordura. La mujer es hermosa, sobra decirlo. De una belleza indescifrable. Hecha de un amor total y luego roto. Cubre todo ese esplendor del naufragio con un hermoso maquillaje, tan enigmático como el vestido, que sabe revelar el desnudo sin ser un desnudo humano, animal. Y sin embargo la máscara del maquillaje consigue esa pureza, la que podría tener precisamente eso, un animal, un humano esencial, mediante ese mostrarse en jeroglífico.

La mujer joven, la del vestido rojo, está delante de un micrófono. Uno de esos micrófonos que había en los cabarets de los años treinta. Ciudades coloniales, en Indochina, garitos donde los hombres de negocios van a beber y fumar puros y lucir sus conquistas. Un hombre elegante puede ser todos esos hombres. Dejemos que sea un poco gordo, vestido de blanco, con sombrero. Que entre. Porque la presencia de esa mujer en escarlata convoca el cabaret, la noche, la luz turbia y él, el hombre elegante vestido de blanco, es todo lo que podemos esperar para representar ese mundo. Ese hombre que se sienta de espaldas al otro público, pesadamente, sobre la silla coqueta. Que levanta la mano y con ella se hace la luz y una bebida sobre la

mesa. Su bebida que toma y bebe. Se seca el sudor. Es un gesto hipnótico, ese pañuelo blanco sobre el hombre blanco, ese enjugarse el sudor, las lágrimas, pequeños saltos de pichón de paloma el pañuelo, un sudario, una continua prefiguración del adiós. Mientras ella, la mujer escarlata, parece que va a cantar. Pero no; abre la boca, es cierto, pero son las manos las que cantan resbalando por la piel blanquísima de la garganta. Las manos acarician esos brazos desnudos, se acarician entre ellas, acarician ese cuerpo, sus milímetros de piel y el micrófono recoge ese sonido, tan leve. Esa es la canción. Ella canta así, con la caricia con la entrega del cuerpo.

La mujer del abanico, la de los ojos achinados, la escucha. Ríe. Ríe de placer. Con la risa cambia el movimiento del abanico y con él el movimiento de la gasa humo y lluvia que suavemente, ahora, sí, deja que le toque las arrugas del rostro.

Él, el amante de cabeza griega, el de ojos azules y pelo negro, allá, aplastado de amor en el suelo, también sueña. Levanta su brazo, demasiado poderoso, como el de cualquier hombre. Nadie sabe qué puede pasar cuando un hombre levanta su brazo y con él toda su fuerza. Yo tendría miedo. Ella duerme y no tiene miedo. Ella recuerda y recuerda el miedo y la lluvia de la cortina cae sobre la cara. Ella canta con su piel y muerde el espacio insignificante del miedo, sí muerde, los dientes son parte del desnudo, la mueca fiera del animalito acorralado es parte de la danza. Entonces el hombre, el amante, deja caer ese brazo, la mano en curva como la cresta de la ola, blanquísima, los dedos se enredan en la larga cabellera de ella, la estiran, la pone vertical. Cascada de cabellos hacia las alturas, como en los sueños, invirtiendo la gravedad. A medida que crece la cabellera el amante, durmiente, los ojos cerrados, también ha de ponerse de pie. Así, puesto en pie, la cabellera termina de crecer verticalmente. Le llega hasta la boca. El amante dormido mete los cabos del pelo en su boca. Los muerde. Está ciego, dormido. Tantea, inmóvil, el aire. Mastica el pelo, lentamente. Los dientes son parte del amor; la mueca lasciva del hambriento ante su festín.

La mujer joven, la del vestido rojo, deshace su peinado. Su pelo, larguísimo, cae hacia abajo en una única trenza. Como el hombre, cierra los ojos, simula dormir. Mete la trenza en la boca y mastica, lentamente, su pelo. Ese sonido, también pequeño, es recogido por el micrófono, amplificado. Mueve los brazos, tanteando el aire, como una artista histriónica que expresara con los gestos su canción.

La anciana del abanico grita. Parece que es a ella a quien hacen daño. Que es su pelo el estirado brutalmente hacia arriba. Que es su cabello el mordisqueado. Que es ella la penetrada en el amor.

El hombre elegante, el deseante, es un funambulista en su silla de espectador, sobre cuatro patas, sobre tres patas, sobre dos patas, sobre una pata, y el pañuelo del deseo y de la muerte del adiós y de la ternura se agita. La cortina se agita. El mar se encarniza contra la pared de los amantes.

Entra la chiquilla arrastrando una silla de despacho. Es de madera noble, oscura,

asiento de cuero verde, ruedas. La silla para firmar contratos de muerte, grandes transacciones, donde una palabra cuesta la vida, la cordura. Sin mirar a la mujer mayor, la de los ojos achinados, la chiquilla le acerca la silla. La mujer mayor se deja caer extenuada. Deja, junto a su peso, el grito, el dolor, el placer. Tampoco mira a la chiquilla, pero levanta el abanico, como ofreciéndoselo. La chiquilla lo coge.

MUJER MAYOR, LA DE LOS OJOS ACHINADOS

Canta.

La chiquilla abre el abanico y se tapa la cara con él. Muy segura avanza hasta proscenio.

La mujer joven, la escarlata, suelta la trenza de su boca, que cae pesada.

El hombre elegante aplaude. Se escuchan los aplausos de un local lleno.

La mujer escarlata se acucilla y apoya la espalda en el respaldo de la silla. La mujer mayor y la escarlata giran como una luna falsa a la que se le hubiera dado cuerda, un juguete precioso y antiguo.

El amante dormido abre el pelo de su amante con las dos manos, lo cruza. Sigue avanzando sujetando el pelo entre los puños. Justo cuando la distancia haría que tirase de ella por el suelo, que la arrastrase, se para.

El hombre elegante deja de aplaudir. Todos los aplausos callan.

En proscenio la chiquilla pliega el abanico. Lo utiliza como si fuese un micrófono.

LA CHIQUILLA

Hace años, cuando yo era una chiquilla, no habría accedido a esta entrevista y, sin embargo, dese cuenta, era justo en ese momento en que yo necesitaba que me hiciesen las preguntas correctas. Públicamente. Casi como un examen de conciencia. Era en ese momento terrible, cuando yo no tenía exactamente conciencia pero sí deseo, cuando tendría que haber pasado por el calvario de la pregunta, cuando mi obra no estaba hecha, ni presentida, ni soñada, cuando era la protagonista absoluta y animal de esa obra, y me movía por esa obra aún no nacida, ni presentida, como una pantera por su territorio. De todas maneras aquí estoy, ya ve, yo siempre acudo a mis citas, aunque sea con cien años de retraso. Ahora puedo hablar porque he escrito mucho. Todo es ficción, ¿comprende? Yo misma estoy sorprendida de que toda esta ficción estuviese contenida ahí, en esos días. ¿Cómo he sabido liberar todo aquello que estaba pasando y que nadie veía? Porque yo no escribo la memoria, sino el acertijo. Eso creo que ya lo sabía cuando era una chiquilla, antes de estas arrugas de cien años. Que yo escribiría el acertijo, aún sin comprenderlo. La gente que me lee no espera entender exactamente mis libros, se entrega al acertijo. Disculpe, ¿alguien me pidió una canción?

MUJER MAYOR, LA DE LOS OJOS ACHINADOS

Canta, canta. Tienes el rostro extenuado de placer. Canta.

LA CHIQUILLA

¡Oh bueno! Me gusta canturrear en la cocina, cuando friego los platos. Entonces me invento pequeñas tonadas. Pienso en la mujer que ayudaba a mi madre con las faenas en casa. Pienso en qué podía cantarle a sus hijos para arrullarlos. Si pienso en ella es más fácil inventar cuatro palabras y una musiquita y así no olvidarla. No olvidar a esa mujer tan pobre que limpiaba la casa de los blancos más pobres. Si me da un plato se lo friego con mucho gusto.

El hombre elegante, alarga el vaso y lo ofrece.

La mujer de rojo se acerca, lo toma, apura el contenido. Luego se sienta en la mesa redonda del hombre. Cruza las piernas con coquetería. Coge la corbata de él y comienza a limpiar el vaso con la corbata mientras canta una tonadilla infantil.